

NOTAS CRITICAS

BIBLIOGRAFÍA NAVARRA

Hemos de anotar varias obras de autores navarros, muchas de ellas editadas en nuestros talleres. Una señorita pamplonesa que se oculta en el seudónimo de «C. Mensa» ha publicado «Las apariciones de la Virgen de Lourdes a Santa Bernardita» (Imprenta Diocesana: Pamplona). La obra tiene 226 páginas, de tamaño grande, y es un relato de las apariciones escrito con fidelidad al documento probatorio y con una muy cuidada ordenación lógica de todos los maravillosos sucesos. Resulta un libro muy ameno e interesante.

En la colección Vidas, que publica Ediciones Atlas, de Madrid, encontramos un magnífico estudio crítico de San Juan Crisóstomo, debido a la pluma del Magistral de Burgos, D. Félix Arrarás, quien por su temperamento oratorio, de elegancia clásica, ha encontrado en el magno orador un tema adecuado para su pluma.

El R. P. Gumersindo de Estella O. F. M. Cap. ha publicado (Editorial Aramburu), la «Historia y empresas apostólicas del siervo de Dios P. Esteban de Adoain». Consta de 510 pgs. y numerosas láminas. El P. Estalla es el vice-Postulador de la causa de beatificación del P. Adoain. Ha dispuesto, por lo tanto, de todos los materiales precisos para relatar esa vida sorprendente, movida en el fondo revuelto del siglo XIX, en España y América. Es una obra de subida calidad histórico-crítica.

Una nueva obra en la ya larga lista de las que viene publicando el Dr. D. Pablo Gúrpide, profesor del Seminario diocesano. Se titula «La Religión Transcendente: estudios de Apologética» (Editorial Aramburu). Es obra instructiva que se lee con tanto agrado como provecho.

El periodista y profesor José Berruezo ha publicado en («Ediciones de conferencias y ensayos. Bilbao»), su conferencia «La España del Rey Amadeo» que es una lindísima página histórica, de prosa agil y grata.

El joven escritor Raimundo Susaeta ha coleccionado en un tomo (Editorial Gómez), tres comedias infantiles bajo el título de «Teatro para niños».

Y por fin, este gran P. Escalada S. J., vivo e incólume monumento javierano, nos ofrece (Editorial Leyre), la nueva obra «La tumba de S. Francisco Javier en San-Cian (China). Obra de controversia» (183 págs. con láminas). De ella nos ocuparemos con la atención y el cariño que profesamos a este incansable investigador de cuanto atañe a Javier.

«CARLOS DE VIANA», DE SAPERAS (1)

Debemos a un poeta de númen tan poderoso y de sensibilidad tan exquisita de matices como el catalán Miguel Saperas, una interpretación de nuestro Príncipe de Viana, que no deja de ser original y, posiblemente la que más se ajuste a lo que fué, en realidad aquel atormentado espíritu. Debemos a otro poeta de firma ya bien valorada, Guillermo Fernández Shavv, la más pulcra y cuidada versión a la lengua española, de la tragedia que Saperas publicó en catalán, el año 1938. Poeta el Príncipe de Viana—aunque quizá más bien, goloso del regalo poético—posible es que a ninguna sensibilidad se haga patente la suya mejor que a la de otro poeta, y por esta afinidad interpretativa de las cosas y de los hombres, otro poeta había de ser el mejor traductor de esta magnífica pieza literaria que me hace recordar, por su arquitectura clásica, por la hondura de la emoción, la tragedia de Racine «Berenice», sopesando, claro está, las diferencias amorosas y las situaciones políticas tan diversas entre estas ¿os mujeres, Berenice y Brianda. Nos advierte el autor que «al trabajar el barro con el buril siempre oxidado de mi fantasía, yo creaba un hombre—perdón. Dios mío—que podía no ser el Príncipe de Viana, pero que era inexorablemente mi Carlos de Viana». En el acto 1.º que se sitúa en Igualada—Carlos tiene ya 39 años—, Brianda, la que tan bien conoce al príncipe, nos da unos rasgos de la persona, en su conversación con el Conde de Pallars y Torroella:

«...al fin, es poeta. Y en su rostro
jamás, bajo el dosel de su sonrisa
rastrea un pensamiento inconfesable.
Decidle que en el fondo de una mano
que se tiende amistosa, se agazapa
la traición de un puñal, y no os lo cree»

Reveladora es también esta exclamación espontánea del propio Carlos:

<<¡Más valdría
no ser nada jamás!>

Contra el parecer de todos, el príncipe pacta con su padre y se confía a él y a su madrastra. Y se oye este sollozo de Brianda:

«¡Y yo a velar por él toda mi vida!»

En el 2.º acto, en Lérida, de una intensa coloración pasional, teatralmente, el mejor a mi juicio, se descubre toda la infernal trama compleja y tenebrosa de la Enríquez, en complicidad con Noguerras, que desequilibran el ánimo propicio siempre para su hijo, de D. Juan, cuya ira se vuelca sobre el corazón de Carlos que ya no puede sufrir tanta humillación. En este acto se suceden varios diálogos, el de Juana Enríquez con Noguerras, el de

(1) Saperas (Miguel) «Carlos de Viana». Tragedia en cinco actos. Traducción de Guillermo Fernández Shaw. 188 págs. Editorial Leyre. Pamplona, 1943.

D. Juan II con Carlos y el de Brianda con Juana Enríquez, que van en un fuerte ascenso de emoción trágica, desenvolviendo, en un estrago de incontenible ira, todo el proceso de la tragedia. D. Juan II descubre todo el plan a su hijo:

«El Príncipe Fernando, el solo hijo
que tengo —pues que vos nunca lo fuísteis—
se casará con Isabel. La espada
que brilla en vuestro cinto será puesta
bajo sus pies el día de la boda.
Y ¿sabéis mi proyecto? Cuando casen
Fernando e Isabel —la bella hermana
del Rey Enrique IV de Castilla—,

Se desarrolla el acto 3.º en la prisión de Morella. Es un paso más en el desenlace. Pero la figura de Don Carlos, que no deja de tener un arranque de rebeldía, se centra mejor en la atmósfera grata a su espíritu selecto a quien repugnan tantas salpicaduras de la política pasional tan alborotada. En un diálogo de exaltado lirismo con Brianda, en el que los dos, ajenos a la realidad que les envuelve, se entregan a un apasionado amor, se nos revela con claridad bien despejada de contornos confusos, el carácter de este príncipe nuestro en sus auténticas calidades de hombre del Renacimiento.

Pudiera decirse que D. Carlos desaparece como centro político acumulador de fuerzas, del ambiente de la tragedia. Ya no pesa.

El acto 4.º se divide entre sucesos que ocurren en una plazoleta de arrabal de Barcelona, al atardecer, y en la plaza de la Diputación, durante la noche. El autor desplaza a la figura central y nos mete por los sentidos esa inquietante sensación de la sublevación que ya está en marcha. Cataluña se decide a romper lanzas por su Caudillo Carlos, pero Carlos se muere.

El acto 5.º—último—, tisne por escenario el salón del trono de la Diputación de Barcelona. La emoción trágica llega a su más alto grado. Cuando el príncipe está próximo a morir, se levanta la voz augusta y serena, de Auxias March:

¡Silencio!
[Pasa la muerte! Pasa... se arrodilla
calladamente entre silencios. ¡Muerte!
e-pera todavía... ¡No es tu hora!
¡Oh, Carlos!

Y dice el Príncipe, como recogiendo toda su vida en una síntesis:

«Y yo ¿quien soy? El Príncipe D. Carlos
de Viana, ¡No, no! ¡Soy el despojo
de un combate!»

Al punto de morir, entra el cínico y traidor Noguerras, mensajero del pésame de los Reyes. Brianda a la que agravió en su pudor de mujer enamorada de Carlos mata de una puñalada a Noguerras, y dice Destorrents:

«Envíese el cadáver de este hombre a Juan II.
Y con él ¡el reto de Cataluña!»

Brianda, posesa, loca de amor, grita:

«¡Afuera todos!

Queman otra vez envenenarle.

¡Afuera bandoleros! ¡Asesinos!

Carlos, espérame ¡Voy a tus brazos!»

Concluye la tragedia. En el ánimo del lector queda la huella de una intensa impresión dramática, bien embridada, entre la lucha de una mujer que antepone su hijo (D. Fernando) a toda otra consideración por legal que sea y que arrastra a su marido (D. Juan) al fatal desenlace del Príncipe de Viana, más humanista que poeta pero más poeta y espíritu de exquisiteces que político a quien le correspondió en suerte, un papel de duro caudillaje que no soportaron sus hombros. Y esto en el ambiente catalán en el que se movió esta interesante y pálida figura en sus últimos momentos, y que en la obra de Saperas acusa un colorido de realidad nerviosa y apasionada. Está escrito en verso libre, de gran elegancia, de suma agilidad y de la más alta inspiración. Si así no fué nuestro Príncipe de Viana, convengamos en que así nos ha parecido conocerlo mejor.

Eladio ESPARZA